no es cierto que el hijo pare porque el padre le haya legado bienes mas ó menos considerables. Primeramente es muy raro que un padre legue á sus hijos medios suficientes para vivir sin hacer nada. Solo en caso estremo sucede y no tardaré en ocuparme de él. Por lo comun, en la mayor parte de las profesiones, el padre reserva para el hijo, al legarle su herencia, solo medios mas espeditos para alcanzar éxito en la carrera. El padre enseña al hijo, mas, le hace ascender, le da con qué trabajar, mayores medios, los de ser arrendador cuando él no era mas que mozo de mulas, montar diez buques cuando él solo podia tripular uno, ser banquero cuando él solo era comerciante en detall; ó le dá medios para cambiar de carrera, para elevarse de una á otra, para llegar á notario, médico, abogado, para ser un Ciceron, un Pitt, cuando el padre solo fué simple caballero como el de Ciceron, ó corneta de regimiento como el de Pitt. En una palabra, le conduce á un punto mas adelantado de la liza, bendícele al verle entrar en ella, y muere feliz viéndole avanzar con paso rápido. Pero el móvil que le habia impulsado á avanzar lo posible anima á su hijo á lo mismo. Así como él pensaba en sus hijos y á ese pensamiento era infatigable, su hijo piensa tambien en sus propios hijos, y ese pensamiento le hace ser infatigable á su vez. En el sistema de la interdiccion de la herencia hubiérase parado el padre é igualmente el hijo: limitada cada generacion en su fecundidad, como un rio cuyas aguas se contienen por un dique, no daria sino una fraccion de lo que en sí tuviese y se interrumpiria á la cuarta parte, á la mitad del trabajo de que fuese capaz. En el sistema hereditario, todo lo opuesto;

trabaja el padre cuanto puede hasta el último dia de su vida; el hijo, perspectiva del padre, halla en sus hijos otra igual y trabaja para ellos como trabajaron para él; no se para, cual no se paró su padre, y todos inclinados hácia el porvenir cual un afilador hácia la muela, agitan, agitan sin cesar esa muela de la cual emana el bienestar de sus nietos, y no solo la prosperidad de las familias sino tambien la del género humano.

Concluyamos: instituyendo la propiedad personal dió la sociedad al hombre el único estímulo que puede escitarle á trabajar. Faltábale una cosa; hacer infinito el estímulo y este fué su objeto al instituir la propiedad hereditaria.

CAPÍTULO XI.

Del rico.

Que las aglomeraciones de bienes resultados de la propiedad, así personal como hereditaria, componen lo lo que se llama la riqueza, la cual llena en la sociedad varias funciones indispensables.

De la propiedad garantida al individuo y á sus hijos resultan acumulaciones de riquezas mas ó menos prontas, á las cuales basta una sola generacion algunas veces para formarse si esta da con un hombre felizmente dotado, pero á las cuales son precisas varias en general; de esta suerte se elevan grandes fortunas que atraen las miradas cual esas piedras enormes de moler granos colocadas en los caminos

á la orilla de campos fértiles. No ignoro que semejante espectáculo hiere ciertos ojos, pero ¿qué remedio?

Repetiré aquí lo que dije sobre la desigualdad de los bienes que proceden, desde el estremo de las sociedades, de la desigualdad de las facultades humanas; que es necesario sufrirlas, porque esas partes mayores de la riqueza general no fueron robadas á nadie, y que al fin todo el mundo saca de ellas partido, hasta el envidioso, pues si hay mas alimentos, vestidos, habitaciones, todos esos objetos necesarios para la vida son mas baratos para todo el mundo. A querer impedir las acumulaciones hubiera sido preciso detener al hombre y decirle:

«No trabajes tanto.»

Puesto que esos trabajadores obstinados nada quitan á nadie y dan algo á todos, merecen harto poderosa consideracioa para que se les deje seguir en sus tareas. Quédanos ahora examinar el efecto que causan á los ojos de ciertos individuos. Pues bien. Si esas riquezas ofuscan á alguno, escitan, estimulan, animan; sostienen á los mas, y la sociedad halla tantas ventajas en el estímulo que resulta de ellas para la generalidad de sus miembros, que bien puede pasar por encima del despecho que inspiran á algunos. Ahora bien, ¿son estas las solas razones harto buenas segun creo, que tiene la sociedad para sufrir la riqueza? ¿No tiene otras? Nos será fácil saberlo.

En la sociedad no se pide un solo trabajo, el trabajo manual, se quiere tambien que el hombre pueda aplicar el compás en el papel para medir la marcha de los astros y saber cómo ha de cruzar los mares;

se quiere que pueda estar durante una parte del dia recorriendo los anales de las naciones para descubrir la causa de la prosperidad, decadencia ó caida de los imperios á fin de que aprenda á gobernarlos. A buen seguro no podrá ocuparse así el hombre que de sol á sol está encorbado cultivando la tierra ó impulsando una máquina. Habrá labrador que llegue á ser y sea un Sforce, cajista que sea un Franklin, pero son raras tales escepciones. En general los hijos de los hombres dedicados al trabajo manual, educados en una esfera superior á la de sus padres, subirán los escalones de la rueda social y podrán acaso llegar á los sublimes trabajos de la inteligencia.

¿Era el padre labrador, obrero en una fábrica, marinero? Pues si el padre fué laborioso y económico, el hijo será colono, fabricante, capitan de navío; y el nieto banquero, notario, médico, abogado, jefe del Estado quizás. Las generaciones se elevan unas encima de otras; vegetan en cierto modo, semejantes á un árbol; este á cada vuelta de la estacion benéfica echa retoños primeramente frescos, tiernos y verdes como la yerba en primavera; esos retoños toman luego al otoño el color y la consistencia de la madera; se convierten en ramas pequeñas al año siguiente, retoñan á su vez, crecen, aumentan progresivamente, acabando hasta por reemplazar el tronco principal, y como igual fenómeno se produce en todos sentidos, llegan en fin á poblar la tierra de selvas, alamedas y bosques dando por todas partes benéfica sombra.

Así se opera la vegetacion humana y poco á poco se forman esas clases de ricos de la sociedad llamadas ociosas y que no lo son, pues el trabajo de ima-

ginacion vale por lo menos tanto como el de las manos y debe seguirle si se quiere que la sociedad no permanezca en la barbárie. Reconozco que entre esos ricos los hay, hijos indignos de padres laboriosos, que pasan las noches en medio de los festines rodeados de cortesanas, ébrios de bebidas que turban su razon, y consumiendo en la ociosidad y el desarreglo su juventud, robustez y fortuna. Por desgracia es demasiado cierto; mas poco tardarán en recibir su castigo. Agotada su juventud antes de tiempo, destruida su fortuna, antes de llegar al término de su carrera pasarán tristes, desfigurados y pobres, por delante de los palacios que sus padres les legaron, que su loca prodigalidad habrá entregado á manos de ricos mas sóbrios; y en una generacion se habrá visto recompensado el trabajo en el padre, y castigada la ociosidad en el hijo. Oh envidia, implacable envidia, ¿no te consuela tan cruel espectáculo?

¿Acaso son los hijos del rico ociosos desarreglados y disipadores siempre? Es cierto que no trabajan como el que labra la tierra, hila ó fragua. Mas lo repetimos, ¿no hay trabajo alguno en quitando el de las manos? ¿No son necesarios, vuelvo á preguntar, hombres dedicados á estudiar la naturaleza, descubrir sus leyes para ponerlas en práctica en pro de la especie humana, para aprender á emplear el agua, el fuego, los elementos, para aprender, en fin, á constituir y gobernar las sociedades? Es tambien cierto que no es generalmente el rico el autor de tan sublimes descubrimientos; pero él los estimula, contribuye á formar ese público instruido para el cual trabaja el sábio modesto y pobre; tiene vastas bibliotecas, lee á Sóphocles, Virgilio, Dante, Galileo, Descartes, Bossuet, Moliere, Racine, Montesquieu, Voltaire. Si él no lee, en su casa, en derredor suyo se leen, aprecian, estudian y allí se reune esa sociedad ilustrada, pulimentada, de gusto ejercitado y fino, para la cual el génio canta, escribe y cubre el lienzo de colores. Algunas veces ese mismo rico es un buen juez; otras tambien uno de esos talentos eminentes que no se limitan á gozar de las obras del génio sino á crear otras sublimes. Existen ricos como Salustio, Séneca, Montaigne, Bufon, Lavoisier y ricos que llegan á ser los hombres de Estado que rigen los destinos de su pátria.

Así hemos visto á un inglés llamado Peel, simple hilador de algodon acumular inmensas riquezas. Consagrando su vida á los talleres, estaba poco versado en el conocimiento de los negocios del Estado, mas prodigó á su hijo todo género de saber humano y ese hijo elevándose á su padre, uniendo á los conocimientos mas estensos la influencia de la fortuna, llegó á ser uno de los hombres mas importantes de Inglaterra, y colocándose entre las razas antiguas y las modernos, gobernó su país con feliz mezcla de espíritu vetusto y de espíritu moderno. ¿Se tachará de odioso el espectáculo que presenta un padre que despues de haber empleado sus facultades de una manera lucrativa proporciona á su hijo los medios de emplearlas de un modo menos lucrativo pero mas noble, mas elevado? ¿Deja de ser bueno, deja de ser necesario que al primer empleo siga el segundo? Permítaseme citar para mayor apoyo otros ejemplos que tambien en sus épocas respectivas hicieron nacer el despecho en muchos corazones envidiosos.

En la república mas fecunda en riquezas y obras

maestras, pues que dió al mundo á Dante, Petrarca, Bocacio, Maquiavelo, Galileo, Ghiberti, Leornardo de Vinci, Miguel-Angelo, en esa república que esparció en toda Europa paños, sedas, terciopelos, joyería, florines, crédito, hubo una familia de mercaderes ilustres, que legaron su nombre á uno de los tres grandes siglos de la humanidad, y estos mercaderes fueron los Médicis! ¿Son malos tambien los ejemplos que dieron al mundo?

Juan de Médicis en 1400 fundó la fortuna de su familia. Afable, prudente, laborioso, poseyendo al mas alto grado el génio mercantil, acumuló riquezas inmensas, y alejándose como sábio de los negocios públicos, algo melancólico, segun dice Maquiavelo, aconsejó á sus hijos que jamás formaran parte del Gobierno. Recordad, les dijo ya en su lecho de muerte, que yo no he ido jamás al *Palacio viejo* (era el del Gobierno) sino despues de habérseme llamado. *(Che chiamato.)*

Estos consejos fueron felizmente inútiles. Rodeado su hijo Cosme de los maestros mas sábios, instruido en ciencias, artes, política, y dotado de carácter atrevido, se mezcló á pesar del dictámen de su padre, en los negocios públicos; fué proscrito y llamado con entusiasmo despues: no gobernó, pero influyó treinta años en la república Florentina, hizo construir por Michelozzo el encantador palacio de su familia (1); vivió con Masaccio, Brumelleschi, Ghiberti, Donatello, el Pogge, fundó escuelas de lengua griega en Florencia, acrecentó mas la fortuna de su familia, y sin embargo de ser hombre

(1) El palacio Ricardi.

político y sábio, permaneció comerciante. Este comerciante solia dejar su bufete en ciertas festividades para ir al precioso retiro de Caffagioso á leer los diálogos de Platon que el Pogge le habia traducido y cuyo trabajo pagó con sumas crecidas. Sobrevivióle apenas su hijo Pedro, y la gloria de su casa pasó á su nieto, aquel Médicis á quien la posteridad nunca dejó de querer, conocido con el nombre de Lorenzo el Magnífico. Mas, desobediente aun este á los consejos de su antepasado, descuidó enteramente el comercio y solo fué sábio y gran político. Educado con Politiano y Pic de la Mirandola, poeta, caballero, descollando en todos los ejercicios corporales, feo como Sócrates y seductor como Alcibiades, tan discreto hombre de Estado como negociador irresistible, salvó á su pátria amenazada por una coalicion general, le atrajo, le sometió por la dulzura de su dominacion todas las córtes de Italia, las hizo vivir por espacio de quince años en profundo reposo; tanto, que los historiadores italianos dan á aquella época el nombre de edad de oro de su pátria; escribió versos sublimes, hizo buscar y descubrir en la Europa entera los manuscritos griegos y latinos mas preciosos, las estátuas mas hermosas; dió al mundo á Miguel-Angelo; deleitó, deslumbró por su magnificencia á los príncipes italianos que habia atraido á Florencia en interés de la concordia general; pensó en todo escepto en su fortuna, que prodigó y comprometió tan notoriamente para el bien de todos, que agradecida Florencia declaró confundidos el tesoro de Médicis con el de la república, y murió, en fin, llevándose la felicidad de su pátria al sepulcro, pues la prudencia que la hacia

feliz, pereciendo con él, alemanes y franceses invadieron la Italia, la saquearon durante medio siglo y la convirtieron en lo que es aun: en esclava.

¿Hubiera sido mejor que tan hermoso fenómeno de la trasmision hereditaria no hubiera existido? Que parando en Juan la fortuna de los Médicis, Cosme se hubiese visto precisado á emplear su vida en rehacerla de nuevo; que detenida luego en Cosme, Lorenzo se hubiese visto á su vez precisado á reconstruirla y que ninguno de ellos hubiera tenido tiempo de cultivar las artes, las letras y la política?

Estas aglomeraciones de las fortunas, consecuencia forzosa del trabajo indefinidamente escitado, procuran como se vé, el desahogo necesario para la cultura de las altas ciencias. Forman region social donde el talento no siempre nace, sino algunas veces, pero donde necesita morar para ser apreciado, escitado y estimulado. De este modo la naturaleza, entregada á sí misma, hace en sus profundas combinaciones, que una conveniencia de cosas responde á otras mil. Es preciso que el hombre trabajando pueda llegar á rico para tener objeto en sus esfuerzos, y que al propio tiempo, al acumular una fortuna cree á sus hijos medios de cultivar su espíritu. Vemos, pues, que en el universo, todo se enlaza, sostiene, contrasta sin contradecirse y forma mil reflejos armoniosos como en un cuadro coloreado por mano hábil y sábia.

¿Consiste en lo dicho todo el cometido del rico? Enriquecido el hijo por el trabajo de su padre, no tiene solamente buenos libros, buenos cuadros, sino tambien palacios con ricos muebles, mesas opíparas

y abundantemente servidas, caballos fogosos, y elegantes coches. Decidnos, filósofos de la envidia, ¿son necesarias todas estas cosas en una sociedad? ¿Sois acaso cuákeros, aborreciendo todo lo que brilla, amando solo lo negro y lo blanco, quizás tambien lo pardo á guisa de variedad permitida, ó no admitis que en los productos de toda sociedad sean precisas la variedad en la abundancia, la finura, la elegancia y, en fin, la belleza?

Cualesquiera que sean vuestras personales inclinaciones, que sospecho que no serán las de los cuákeros, permitidme haceros conocer la ley de toda produccion.

Si no se produce mucho, se produce caro y mal, y si se produce mucho, se produce mas ó menos bien, en virtud de la desigualdad de las facultades humanas, causa que obra constantemente por lo general; se empieza por producir mal, luego medianamente y se concluye por producir bien, muy bien; y despues mejor aun; mientras se adelanta se hace conservando siempre esa distancia inevitable del producto inferior al producto medio, y del producto medio al producto superior. O el progreso no es necesario, ó si lo es, deben existir estos tres términos. O es preciso el valle de Tempa, habitada por sus pastores comiendo carne de sus carneros, tejiendo su lana, pastores llamados inocentes por los poetas, y que yo creo muy groseros, entregados casi siempre á vicios innobles, teniendo entre ellos Caines, si es que tienen Abeles, y pobres mil veces mas repugnantes que los de Lóndres y París, pues son esos idiotas que llevan en su cuello las insignias de la miseria física, y en sus facciones aleladas, las